

Malaika tiene nombre de ángel, siendo ése precisamente el apelativo que le habían conferido al nacer por tratarse del su progenitor y pertenecer al mismo sexo.

El llevar colgado como un adorno de navidad el órgano masculino, siempre le había irritado, y sabía perfectamente el porqué.

Ni siquiera tuvo que acudir a la consulta de una psicoanalista para recordar como el jefe de su madre, delante suya, la había obligado a hacerle una felación en la oficina de la empresa en la que trabajaba como secretaria.

También recordaba que aproximadamente a la misma edad, en clase de ciencias, había descubierto que existía una categoría sexual singular en algunos animales y plantas; y aún ignorando quienes eran Hermes y Afrodita, había deseado vehementemente pertenecer a ella porque le parecía que debía tratarse de lo más semejante a Dios en versión humana que uno podría imaginar.

Gracias a aquellos dos importantes acontecimientos vitales acaecidos en una etapa tan crucial de su desarrollo personal, ahora se encontraba allí, en la calle Montera, de rojo desde la punta de los tacones de aguja hasta las de los cabellos de la peluca.

En absoluto se arrepentía de haber escogido esa profesión porque la ejercía de un modo muy creativo y singular.

Había nacido ángel y debía proceder como tal.

Los ángeles formaban parte de múltiples culturas y religiones, y sus diversas representaciones le apasionaban.

Podían encontrarse en los cementerios, en los libros medievales, en las iglesias, y sobre todo en los museos.

Aquel icono artístico, poético, místico y sagrado, le había conducido por las sendas del arte hasta lugares insospechados.

Yendo en pos de ángeles había empezado a estudiar historia del arte, luego filosofía, y por último angeología, una rama de la teología.

Lo cierto es que había aprendido mucho, quizá demasiado.

Tenía la cabeza llena de ideas puesto que se pasaba el día leyendo, así que por la noche estiraba las piernas y se despejaba, que falta le hacía puesto que meditaba tanto que podría considerársele un pensador.

Mejor dicho pensadora, ya que mantenía que el monoteísmo había propiciado un fallo ontológico al considerar al hombre el centro del mundo, descentrando de él a la mujer.

Para su gusto muy pocos filósofos a lo largo de la historia habían sido capaces de apreciar este grave error gnoseológico, del que se había nutrido a gusto la religión.

Tenía el convencimiento de que Hipatia de Alejandría no era una excepción, y que en Grecia existía más de una Diótima, pero la vanidad masculina las había ido borrando deliberadamente de la historia a través de los siglos hasta hacerlas desaparecer.

Para su credo religioso, que era la igualdad humana en todos los ámbitos de la existencia, aquello representaba el pecado original.

Para empezar, la historia del génesis le parecía pérfida y perversa.

Eva surgiendo de la costilla de Adán, como si no supiéramos todos de donde sale todo hijo de vecina.

Sin embargo algo tan básico se consideraba un gran tabú.

El ejemplo era que el famoso psicoanalista Jacques Lacan, gracias al dinero ganado aprovechándose del sufrimiento ajeno, había adquirido el cuadro El origen del mundo con el único fin de mantenerlo oculto.

A Freud, Nietzsche y Marx, su trinidad favorita, también podría reprochárseles el haber pecado de falocéntricos, y con la finalidad de redimirlos, no dejaba ni por un momento de trabajar.

De ahí que también le conozcan como Ángel el justiciero.